

Esta es la historia de un hombre que nunca conoció a sus abuelos, ni maternos ni paternos. Tampoco conoció a sus padres ni tuvo hermanos ni hermanas, ni tíos ni tías... Nunca se le conoció amante o esposa alguna, y nunca tuvo hijos o hijas a los que poner su apellido. Esta es la historia de un hombre, que sin amigos ni conocidos, estando completamente solo, se convirtió en **el ladrón de besos**, de Tristán de Tabernas Blancas.

Se encontraba nuestro protagonista, un 6 de julio, en un céntrico café de la ciudad, cuando descubrió su asombroso don. Tomaba un café solo; y entiéndase por *solo* que lo tomaba sin bollería que lo acompañase, sin compañía sentada a su lado, sin azúcar o leche que suavizaran la rancia amargura del café. Un verdadero café solo.

El café era antiguo, de esos que todavía tienen las paredes cubiertas con espejos correosos, de esos que tienen grandes ventanales que dan a la calle para distraerse con el ir y venir de la gente: una señora gorda que pasea a su perrito, un churrero en la esquina, dos zagales en busca de un oficio de provecho, algún que otro bachiller llegando tarde a clase... si ya apareciera un soldado de permiso, sería la perfecta estampa decimonónica. Pero la historia de nuestro protagonista es más reciente, y no empieza fuera del café, sino dentro.

Cerca de donde nuestro protagonista se encontraba, una pareja de jóvenes enamorados, sentados unas mesas más allá, se cogían de la mano y se hacían carantoñas. No había nadie más en el local salvo nuestro protagonista y la romántica pareja, así que no era difícil espiar lo que hacían, aún sin quererlo. Compartían un buen pedazo de tarta de Santiago, la preferida de ella, que al estar ambos de celebración, y al ser ella guapa y divertida, y al estar él enamorado de ella, la decisión

del dulce no fue difícil... Pero el tiempo no espera a nadie, y ella va a llegar tarde a la fábrica, o al despacho, o a la tienda, o a donde la esperen... así que dejó el pastel a medio comer, besó efusivamente a su enamorado, y salió escopetada; pero aún le dio tiempo, en el quicio de la puerta, a girarse y lanzar un beso al aire, desde lo lejos; un beso que impulsó con el débil soplido de sus labios. El novio, por su parte, hizo la tontería de buscar el beso como si este revoloteara por el aire. Lo cazó con una mano y se lo llevó al corazón...

Esto es lo que hubiéramos visto tú, yo, y todos los demás; sin embargo nuestro protagonista vio algo más. Vio como de los labios de la chica se desprendía, como si de una especie de energía brillante se tratara, un beso fino, con la forma arrugada de sus labios apretados, con el mismo color que el carmín con el que se los pintó, quizás un poco más pálido y algo translucido que el original, pero era su beso al fin y al cabo, que se escapaba de sus labios y se quedaba suspendido durante unos segundos entre su boca y sus dedos. Cuando la muchacha soplo el besó hacia su amante, el aire lo empujó suavemente por el espacio vacío, tembloroso, vibrante de luz, con el aleteo nervioso de una mariposa; a su ritmo, con la intensidad que el soplo de la muchacha le había marcado. Y esto es todo lo que vio nuestro protagonista, bueno, además de la tontería del amante de cazar el beso sin éxito, sin nada que llevarse al corazón, pues cuando él hizo esta acción, el beso aún estaba muy lejos, flotando en el aire; y aún, cuando la muchacha ya se había marchado, y el novio había pagado la cuenta y también había abandonado el local, el beso seguía surcando los aires en la dirección en que la muchacha lo había lanzado.

Ya sin nadie que lo espicara a él, nuestro protagonista se levantó a investigar de cerca aquel curioso fenómeno. El beso siguió constante en su rumbo, pasando de largo de la mesa donde se encontraban los amantes pues allí ya no quedaba nadie para

consumirlo; y avanzó hacia los espejos de la pared. Pero como todo lo que sube, baja, o todo lo que empieza, acaba, el beso poco a poco perdía energía de empuje y para mantenerse a flote aleteaba frenéticamente con la comisura de los labios. Nuestro protagonista, que se encontraba a unos pocos centímetros de él, le sopló un suave soplido de aire para darle fuerzas en su avance, pero la fuerza fue demasiada, y el beso chocó contra el espejo quedándose atontado. Cayó como la hoja de un árbol que se desprende de la rama y planea relajadamente hacia el suelo. Nuestro protagonista colocó su mano debajo del beso y lo recogió con la palma, con suma delicadeza, como un pajarillo dormido, impidiendo que este desfalleciera sin vida sobre el mármol de la mesa. ¿Qué hacer con él...? Nuestro protagonista no lo supo en un principio, pero, debido a su instinto natural –y en parte a las convenciones sociales- se llevó el beso a la mejilla, que es en donde se dan los besos, y no a los labios, pues a esa muchacha no la conocía de nada, y no hubiera estado bien aprovecharse así como así de ella. Cuando el beso tocó la piel de nuestro protagonista, la energía contenida en uno se traspasó al otro, y en una fracción de segundo recorrió toda su piel, y en otra fracción de segundo se caló dentro de su cuerpo hasta llegar a los huesos. Nunca antes había sentido algo así. Se sentía ligero, flotando... como si una fuerza en el interior de su pecho le empujara hacia el cielo; resplandeciente; con ganas de comerse el mundo; sin ningún miedo, con todo tipo de esperanzas a su favor. Y entonces, ese sentimiento sin nombre, desapareció, y en su palma quedó el beso vacío, fino, sin movimiento alguno, sin vida, como una hoja muerta que se seca al sol... No sabía lo que era, pero quería más de eso, y sabía donde encontrarlo.

En la estación de tren el olor a flores frescas lo inundaba todo. Nuestro protagonista nunca había estado antes en una estación de tren, pues nunca antes había

tenido la necesidad de ir a ningún lado, pues en ninguna parte lo esperaba nadie. Se sentó en un banco y esperó. Observó a la gente que llegaba con sus grandes maletas de ciudades muy lejanas, y entre ellos, aquí sí, apareció un soldado de permiso cargado con un petate, cuya familia al completo lo esperaba entusiasmada, y entre ellos, una novia que se abalanzó a sus brazos y lo besó efusivamente; beso, que nuestro protagonista vio brillar pero que se perdió de un labio a otro. Sin embargo detrás de este escandaloso grupo de personas, había otro que agitaba las manos al aire, despidiéndose de un tren que aún no se había puesto en marcha; y sobre sus cabezas, un beso grande y consistente, soberbio y altanero, los sobrevolaba. Nuestro protagonista corrió hacia al andén donde se estaban produciendo estos intercambios y se colocó entre los que se quedaban en tierra, y los que, desde las ventanillas abiertas del tren, se asomaban y se despedían de sus seres queridos. El tren se puso en marcha, y con él, una lluvia frenética de besos que iban de un lado a otro. Sin embargo, la mayoría de los besos quedaban errantes y huérfanos por el aire, angustiados porque nadie los recibía, pues con el movimiento del tren no era fácil apuntar en la dirección correcta, y estos quedaban revoloteando como una bandada de pájaros espantados que nunca aprendieron a mantener la formación. Nuestro protagonista los cazó al vuelo, incluso se daba pequeños impulsos cuando estos volaban demasiado alto, o los recogía casi rozando el suelo, a otros directamente los recogía del suelo. Y a nadie le resultaba extraño que este hombre estuviera en mitad del andén cazando con la mano sueños invisibles; pues como se había convertido en ladrón, pasaba desapercibido para la gente, cualidad esta, que nuestro protagonista ya gozaba de antes de convertirse en ladrón profesional.

El robo apenas duró unos minutos, lo que tardó el tren en alejarse y desaparecer, pero en esos minutos nuestro protagonista coleccionó una buena cantidad

de besos frescos en su bolsillo. Cuando nadie lo miraba, que era siempre, cogió un puñado de esos besos y se los restregó con ansia enfermiza por la cara sintiendo por un momento más prolongado que el anterior todo lo que con esos besos se había querido decir. Era una sensación tan agradable que le llenaba los pulmones de aire fresco y hacía que olvidara cualquier problema que pudiera tener el mundo. Cuando sus efectos terminaban, le dejaban un regustillo de bienestar por todo el cuerpo... Una vez gastados, guardó los besos en el bolsillo de la chaqueta y se dispuso a cometer otro delito.

O bien porque se le ha cayó de la mano sin darse cuenta, o bien porque no lo vio caer cuando alguien lo lanzaba, uno de los besos quedó entre las vías del tren, pequeño y torpe, incapaz de retomar el vuelo, golpeándose contra las mastodónticas piedras que protegían las vías. Nuestro protagonista no podía dejarlo ahí, y ya no solo por el placer que sentía cuando aquella esotérica droga tocaba su piel, sino porque no hubiera estado bien dejar que un beso muriera de esa manera, hubiera sido inhumano. Nadie miraba, y nuestro protagonista no dudó en bajar de un salto a recoger aquel preciado tesoro. El beso no se dejaba atrapar, asustado como estaba, revoloteaba nervioso de un hierro al otro, tropezando con las duras piedras; pero nuestro protagonista era más listo y grande, y lo consiguió atrapar sin dificultad. Hizo como con todos los demás besos y se lo llevó a la mejilla. Volvió a sentir esa conocida, excitante y agradable sensación por todo el cuerpo; y cuando levantó la mirada, descubrió delante de él, un puesto en el que no se había fijado antes; una tienda de flores, exuberante de un color violeta, procedente de una flor cuyo nombre nuestro protagonista desconocía, y escondida detrás de ellas, una joven florista con pañuelo en la cabeza regalaba bonitas sonrisas a todo aquel que le compraba un ramillete, pues... ¿puede haber algo más bonito que alguien te reciba con un ramo de flores? Sí,

seguramente hay mil cosas más bonitas que esa, pero esa, también lo es.

La joven era hermosa, acentuada por la hermosura de las plantas que la rodeaban; una burbuja de hermosura. Nuestro protagonista quedó hipnotizado, paralizado, incapaz de moverse; y es que, observar directamente a la hermosura es lo que tiene, que hace que tus ojos se vuelvan vagos y no te permitan apartar la mirada. Nuestro protagonista se enamoró, así, de repente, a primera vista... Puede pasar ¿no? Quizás no era esta la primera vez que nuestro protagonista se enamoraba, quizás de consumir tanto beso se embriagó de amor, y le provocó un efecto desconocido. Pero la verdad, es que lo que sintió nuestro protagonista lo hemos sentido todos alguna vez, y para ello no nos ha hecho falta tener el don de la clarividencia, la cualidad de ver besos en el aire...

La muchacha era una de esas jóvenes que tienen la piel pálida y que le sientan bien. No era una blancura enfermiza, es que su piel era así, alba; y en verano, que es cuando nuestro protagonista descubrió su don, la joven más tenía que protegerse del intenso y despiadado sol de julio, que vuelve vulgar y banal a la gente. Ella mantenía su atractivo nórdico en un clima tan agresivo. Un atractivo que luchaba contra la pureza negra de su pelo, que en mechones lisos se escapaba de su pañuelo y le pintaban la cara de raza gitana. ¿Qué tendría: 16, 17 años...? ¿Y él? ¿Pasó ya los 30...? Sus labios eran carnosos y rosas, sin necesidad de maquillaje que los realzara. Ojos grandes y expresivos, que te enganchaban a su mirada y no te soltaban, como le pasó a nuestro protagonista, que seguía perdido en el color violeta de los iris de la muchacha, perfecta combinación con las flores del local... Tenía que conseguir un beso de aquella maravillosa criatura... como fuera.

A partir de ese día, nuestro protagonista volvió todas las mañanas a la estación de tren. Se sentaba en una mesa de la cafetería cerca de la vía nueve, desde donde gozaba de una vista privilegiada de la salida de los trenes, y se tomaba pacientemente su café solo. Desde allí espiaba a los viajeros; y por si tuviera que salir disparado a la caza de algún beso furtivo, siempre pagaba la consumición de antemano. A lo largo de la mañana daba vagos paseos por la estación escudriñando las esquinas y los rincones más difíciles, por si algún beso se hubiera quedado perdido o atrapado. Pero estuviera donde estuviera, en aquella enorme estación central de tren, de la que suponemos que es una gran ciudad, nuestro protagonista siempre tenía un ojo puesto en la joven florista de color violeta. Su nombre ni siquiera nuestro protagonista lo supo, y eso que se pasó todas las mañanas observándola, pero nosotros la llamaremos Violeta, porque es un color que me gusta, y porque es un nombre bonito para una joven hermosa. Nuestro protagonista no podía apartar la mirada de Violeta, ya no solo porque es imposible apartar la mirada de algo tan hermoso, sino porque tenía que estar siempre preparado, alerta, para cuando la muchacha lanzara un beso al aire, y ahí estar él, raudo y veloz, y cazarlo. Pero por ahora, el preciado tesoro se hacía esperar.

Todos los besos que nuestro protagonista iba consumiendo... Sería conveniente que también le pusiéramos un nombre a nuestro protagonista, ¿no creéis? ¿Qué os parece Raimundo Robledo, de profesión sin empleo? El Raimundo no me gusta, pero el Robledo sí; y no tiene empleo, vive de las rentas. Pues todos los besos que Robledo consumía, los iba guardando en el bolsillo de su chaqueta, y luego, cuando llegaba a casa, los pinchaba por las comisuras de los labios como si de mariposas disecadas se trataran, y los colocaba en vitrinas. Al cabo de un par de meses, contaba con una colección tan enorme de besos que tuvo que emplear dos habitaciones de su casa para poder acumularlos. Algunos los tuvo que guardar en

cajas, otros, los que más apreciaba, los que mejor le habían sabido al cuerpo, los colocaba en las vitrinas, exponiéndolos para su deleite personal, pues nadie lo visitaba nunca, y a nadie le confío su secreto... no tenía a nadie a quien contárselo. Antes de acostarse siempre se sentaba un rato delante de ellos y los observaba. Ordenados y clasificados por fecha, orgulloso de su colección, rememoraba la agradable sensación que le habían propiciado. Otras veces, dependiendo de cómo hubiera ido el día o de la gente a la que hubiera conseguido robar, Robledo se guardaba uno o dos besos frescos, y cuando estaba acostado en la cama, los consumía para evitar que la oscuridad de la noche lo hiciera sentir tan solo. Como le hubiera gustado dormirse con el beso en los labios de la joven Violeta, pero quizás por eso mismo, porque se hacía esperar, ese beso se volvía más hermoso y deseado.

Pasó exactamente un año menos un día desde que Robledo comenzó con su simpático hurto; pero para él, aquel día era como uno cualquiera, quizás más soleado que hacía un año, pero sin ninguna importancia, sin nada que lo diferenciara del resto. Y es que Robledo, a pesar de haber pasado un año entero en aquella estación, no conoció a nadie, y nadie lo conoció a él. No se sabía el nombre de los viajeros, y ya no sólo eso, que los viajeros vienen y van, sino que tampoco conocía el nombre de la gente que allí trabajaba, y que veía todos los días. Apenas intercambió una conversación con alguien, salvo las palabras de rigor para una transacción económica, e incluso a veces ni eso. Con Violeta nunca habló, y siempre pasó desapercibido. Así, es inevitable que todos los días sean iguales. Aquella mañana, que iba a ser como cualquier otra mañana, Robledo se tomaba su café en el bar de la estación mientras observaba como la joven florista abría su local. Eran las primeras horas de la mañana, y la estación apenas contaba con visitantes. Sin nada que lo vaticinara, ocurrió lo esperado: Violeta levantó la mano sonriente, saludando a alguien que se encontraba

en la otra punta de la estación... hasta aquí todo normal, pero, Robledo vio como la muchacha se llevaba las yemas de los dedos a los labios, y lanzaba un expresivo y sonoro beso al aire. Allí estaba, por fin, lo que tanto ansiaba, carnoso y violeta, surcando los aires, el más elegante de los besos que había visto... Esta vez no había pagado el desayuno de antemano, pero no le importó, pues corrió a por el beso como si el resto del mundo hubiera desaparecido, como si este se hubiera convertido en un gran lienzo blanco en donde lo único pintado era una joya violeta y brillante que destacaba. Cuando tuvo el beso encarcelado entre sus dedos y la palma de su mano, se detuvo, reflexionó durante unos segundos y, a su mente, vino una imagen esclarecedora, algo que Robledo no se había planteado antes, con ninguno de los anteriores besos, pero que sin embargo siempre había estado ahí, una condición visible hasta para el más tonto de los espectadores, pero algo inexistente para aquel que está cegado por la soledad y cree poder vencerla con un beso. Robledo no fue capaz de llevarse el beso a la mejilla; aquel beso no era para él... ¿para quién era entonces? ¿Quién era el afortunado que podía disfrutar los besos de la florista? ¿Un conocido? ¿Un familiar? ¿Un amante...? ¿Y si era un amante; un apuesto amante, joven, con el que estaba viviendo un fresco y excitante amor adolescente...? Robledo no tuvo valor de girar la mirada y comprobar quien era el verdadero dueño de aquel beso, el verdadero amor de Violeta, no podía, pues nunca lo hubiera soportado. El vértigo del conocimiento sería más insoportable que la ignorancia, y el efecto de aquel beso sobre su piel sería devastador, convertiría su corazón en una explosión de humo... Se fue lo más lejos posible de la estación, lo más rápido posible, sin mirar al *besador* ni al besado, sin mirarse a sí mismo, sin ser mirado por nadie... Esto ocurrió, un día antes de cumplirse un año.

Y al día siguiente, a año cumplido, otro 6 de julio, Robledo ha perdido su

poder. Así como le vino, se le fue, y así como le llegó a él, ahora, que ya no lo posee, quizás le esté llegando a otra persona; a alguien que esté tomando un café solo, o acompañado, no lo sabemos. Pero Robledo no ha tenido la oportunidad de comprobar como su don se desvanecía de sus ojos, pues esta mañana no ha acudido a la estación. Se ha quedado en casa, encerrado en una de las habitaciones donde tiene expuestos los besos que robó, sentado sobre cajas donde hay más besos robados, y los mira sin ver, triste, vencido, y piensa para él: *Ninguno de estos besos era para mí*; pero que placeres tan agradables te brindaron... Imagínate Robledo, si hubieran sido de verdad...

En una mano sostiene una cajita transparente, privilegiado sarcófago para el beso que robó a Violeta. Y si se fijan bien, el beso todavía no ha sido consumido. Robledo no ha tenido el valor para llevárselo a los labios, ni siquiera a la mejilla. Y no sabemos por qué pero, quizás porque lo cazó antes de perder su poder, quizás porque fue el último que cazó, o simplemente porque es el beso de quien es, Robledo aún puede verlo; vivo, de un color violeta, pálido, brillante, vibrante, aleteando para escapar de su cárcel de cristal; y allí permanecerá para siempre, sin consumir. En la otra mano, un revolver, alivio definitivo de un dolor intenso, infantil, perfectamente entendible y por eso inconsolable, pues nada se puede hacer, y aunque se pudiera, no quiere hacerlo. Nada lo puede aliviar, ni él quiere ser aliviado. Robledo se lleva el revolver a la sien, y dispara. Ojala hubiera sido un beso de los que Robledo robaba lo que hubiera salido del cañón, que muerte tan dulce... pero no es así. La sangre salpica las vitrinas, salpica las cajas repletas de besos robados, salpica la transparente cárcel del beso de Violeta; y él, sin decir nada, como nada ha dicho durante todo el relato, yace muerto en el suelo.

Y así, se pone fin a la historia del ladrón de besos.

David March Chulvi